

ta; eran verdaderos proyectos políticos formados entre los más elevados agentes, protegidos por ellos, y conducidos por el ministerio más importante que es el de Negocios exteriores, después de costar millones enteros.

Los príncipes franceses que más parte tomaron en estos proyectos, eran el conde de Artois y su hijo segundo el duque de Berry. El duque de Angulema se hallaba entonces en Varsovia con Luis XVIII. Los príncipes de Condé vivían en Londres, pero sin intimidad con los príncipes de la rama primogénita, y siempre extraños á sus proyectos. Tratábaselos como á soldados siempre dispuestos á tomar las armas, y sólo capaces para hacer la guerra. Mientras el abuelo y el padre de los Condés estaban en Londres, el nieto, que era el duque de Enghien, estaba en el país de Baden entregado á los placeres de la caza, y á la ardiente pasión que le había inspirado cierta princesa de Rohán. Hallándose los tres al servicio de la Gran Bretaña, habían recibido orden de estar dispuestos para volver á la guerra, y habían obedecido como obedece el buen soldado al gobierno que le mantiene: ¡triste empleo, en verdad, para los Condés, pero menos triste, sin embargo, que el tram conjuraciones!

El plan de la nueva conjuración era este. Insurreccionar la Vendée ofrecía ya pocas esperanzas; por el contrario, acometer directamente en el centro de París al gobierno del primer cónsul, parecía el medio más pronto y seguro de conseguir el objeto. Derribado el gobierno consular, no quedaba otra cosa posible, según los autores del proyecto, más que la vuelta de los Borbones. Pero como el gobierno consular consistía todo entero en la persona del general Bonaparte, era indispensable acabar con éste. La consecuencia no podía ser más clara. Pero era preciso deshacerse de él de una manera segura. Una puñalada, una nueva máquina infernal, eran medios dudosos, porque todo ello dependía de la serenidad y tino de un asesino ó de los azares de una explosión. Quedaba un medio no intentado aún, y por consiguiente no desacreditado todavía, que era reunir unos cien hombres resueltos, con el intrépido Jorge á la cabeza, acometer en el camino de Saint-Cloud ó de la Malmaison el carruaje del primer cónsul, asaltar su escolta, compuesta á lo sumo de diez ó doce jinetes, dispersarla, y matarle á él en seguida en una especie de combate. De este modo era seguro no errar el golpe. Jorge, que era valiente, que tenía pretensiones militares y no quería pasar plaza de asesino, exigía que asistieran con él dos príncipes, ó uno por lo menos, para que batiéndose á su lado pudiera decirse que reconquistaba la corona de sus mayores. ¿Quién lo creería? ¡Aquellos ánimos pervertidos por la emigración, se lisonjaban de que acometiendo de ese modo al primer cónsul, rodeado de sus guardias, iban á dar una especie de combate, y que no eran asesinos! ¡Creían que iban á mostrarse iguales al noble archiduque Carlos peleando contra el general Bonaparte en Tagliamento ó en Wagram, sin ser inferiores á él más que en el número de los soldados! Sofismas deplorables, en los que sólo podían creer á medias sus autores, y que prueban en aquellos malhadados príncipes de Borbón, no ya una malignidad natural, sino una perversidad adquirida con la guerra civil y el destierro. Sólo uno de aquellos hombres estaba en su verdadero lugar, y era Jorge; era éste consumado en esa

táctica de las insidias; habíase formado en las emboscadas de la Bretaña, y ahora, al ejercer su arte á las puertas de París, no temía verse después repudiado y reducido á la condición de esos instrumentos que se arrojan después de haberse servido de ellos, porque esperaba tener por cómplices á príncipes. De este modo se aseguraba toda la dignidad compatible con el papel que iba á representar, y con su actitud altanera ante la justicia probó en breve que no era él quien verdaderamente se había rebajado en aquella funesta coyuntura.

Ni esto bastaba, sino que era preciso después del combate recoger el fruto de la victoria. Había que preparar las cosas para que la Francia se entregase espontáneamente á los Borbones. Los partidos se habían aniquilado mutuamente, y no quedaba ninguno verdaderamente poderoso. Los revolucionarios ardientes eran odiosos, los moderados refugiados en torno del general Bonaparte carecían de fuerza; sólo quedaba en pie el ejército, y éste era el que convenía granjearse. Pero el ejército permaneció fiel á la revolución, por la cual había derramado su sangre, y manifestaba cierta repugnancia hacia esos emigrados á quienes tantas veces había visto llevar uniformes ingleses ó austriacos. Mas la envidia, esa abominable y eterna pasión del corazón humano, suministraba á los conspiradores realistas preciosos y eficaces auxilios.

No se hablaba sino de la desavenencia del general Moreau con el general Bonaparte. Dijimos ya que el general del ejército del Rin, tan prudente, reflexivo y enérgico en la guerra, era en su vida privada flojo y descuidado, y se dejaba gobernar por los que le rodeaban; que cediendo á tan funesta influencia, no había sabido conservarse ajeno al vicio de baja especie, de la envidia; que colmado de miramientos por el primer cónsul, se había dejado arrastrar á un odio injusto contra él, sin otra razón que la de ser el general Moreau el segundo en el Estado, siendo el general Bonaparte el primero; que con esta predisposición, Moreau se había mostrado poco delicado negándose á acompañar al primer cónsul á una revista, y que éste, pronto siempre á vengar sus ofensas, había excluído á Moreau del banquete que anualmente daba en conmemoración de la fundación de la república; que Moreau había cometido el yerro de ir aquel mismo día á comer, con traje de paisano, y acompañado de oficiales notoriamente desafectos, á uno de esos parajes donde todo es público, con gran disgusto de las personas sensatas y gran júbilo de los enemigos de la causa pública.

Hemos referido aquellas pequeñeces y miserias de la humanidad, que, empezando por vulgares rencillas de mujeres, acaban entre los hombres con trágicas escenas. Si es difícil precaver una disensión entre personajes elevados, más difícil aún es cortarla después de declarada. Desde aquel día, no cesó Moreau de manifestarse cada vez más hostil al gobierno consular. Cuando se concluyó el Concordato, clamó contra el predominio del clero; cuando se instituyó la Legión de Honor, clamó contra el restablecimiento de la aristocracia; y, por último, cuando se instituyó el consulado perpetuo, denunció la restauración de la monarquía. Dejó enteramente de presentarse en el palacio del gobierno, y aun de ver á los cónsules. La renovación de la guerra hubiera podido ofrecerle una ocasión decorosa para volver á presentar-

se en las Tullerías y ofrecer sus servicios, no al general Bonaparte, sino á la Francia; pero arrastrado insensiblemente por la vía del mal, donde los pasos son tan rápidos, en el rompimiento de la paz vió mucho menos una desgracia para el país que una amenaza para un rival odiado, y así se mantuvo desviado para ver cómo saldría de apuro aquel enemigo que él mismo se había buscado. Permaneció, pues, retirado en Grosbois, haciendo una vida regalona, justa recompensa de sus servicios, como hubiera podido hacer un gran ciudadano víctima de la ingratitud del príncipe.

El primer cónsul con su gloria hacía muchos envidiosos, y hacíalos también por su familia. Murat, á quien había rehusado largo tiempo el honor de llamarse su cuñado, y que con un corazón excelente, talento natural y caballeresco arrojo, empleaba á veces muy mal estas cualidades; Murat, con una vanidad que ocultaba delante del primer cónsul, pero que desplegaba libremente así que se veía libre de las miradas de aquel severo dueño, se complacía en ofuscar á los que, demasiado pequeños para envidiar al general Bonaparte, envidiaban al menos la suerte de su cuñado. Había, pues, en la corte envidias grandes y pequeñas; unas y otras se alistaban en el partido de Moreau, y en París durante el invierno, como en Grosbois durante el verano, había otra pequeña corte de descontentos, donde se hablaba con una imprudencia sin límites. Sabíalo el primer cónsul, y tomaba venganza, no ya tan sólo con el crecimiento constante de su poderío, sino también con afectados desdenes, pues cansado de la extremada prudencia con que había obrado largo tiempo, acabó por dar rienda suelta á su resentimiento, replicando con los sarcasmos del genio á los sarcasmos del talento adocenado. Sus punzantes epigramas iban de boca en boca repetidos, lo mismo que los que se pronunciaban entre los afiliados de Moreau.

Los partidos inventan disidencias que no existen para aprovecharse de ellas; pero mucho más se aprovechan, y con mayor perfidia, de las que existen realmente. Así que fué un tanto pública la desavenencia entre Bonaparte y Moreau, se vió éste rodeado de descontentos de todos los partidos, que empezaron á agasajarle con los dictados de general consumado, y ciudadano virtuoso y modesto. El general Bonaparte era el capitán imprudente y afortunado, el usurpador, el corso insolente que osaba derribar la república y hollar las gradas del trono ya restablecido. Era preciso, decían, dejarle perderse en una loca y ridícula empresa contra la Inglaterra, y abstenerse de ofrecerle su espada. Así, después de haber tratado al vencedor de Egipto y de Italia como un aventurero, se pintaba como la más extravagante ventolera la expedición patriótica en que ponía él tanto empeño.

Los conspiradores de Londres hallaban en esta deplorable escisión la ocasión de urdir la segunda parte de su proyecto. Convenía primero granjearse á Moreau, y luego, por medio de éste, granjearse el ejército; entonces, ya asesinado el primer cónsul en el camino de la Malmaison, Moreau, cómplice de la trama, se presentaría á la cabeza del ejército á reconciliar á esta formidable parte de la nación con los Borbones, que subirían á un trono valerosamente reconquistado con espada en mano. Pero había que ponerse en comunicación con Moreau,

que vivía en París rodeado de republicanos, mientras el proyecto se fraguaba en Londres entre lo más escogido de la facción realista. Para esto se necesitaba alguno que sirviese de intermedio, y nadie mejor que un personaje tan ilustre como desgraciado, y dotado de grandes cualidades, amigo al mismo tiempo de realistas y republicanos, que acababa de llegar de lo más apartado de los desiertos de América, donde había estado expiando un error que le había despojado de una envidiable gloria: nadie más á propósito que Pichegrú, el vencedor de la Holanda, deportado por el Directorio á Sinnamarí. Habíase éste evadido de su destierro, y llegaba á Londres cobijando el secreto deseo de no pararse allí, sino de volver á Francia, aprovechándose de la generosa política que llamaba sin distinción á los culpados, y á las víctimas de todos los partidos; pero la guerra, temporalmente suspendida, había vuelto á encenderse en breve, y con ella las ilusiones y delirios de los emigrados, á quienes Pichegrú enajenó su libertad al tiempo de enajenarles su honor. Incluyéronle casi á su pesar en la conjuración, y le dieron el encargo de servir cerca de Moreau de intermedio para reconciliar á este último con la causa de los Borbones, y amalgamar en un solo partido á los republicanos y realistas de todos los colores.

El plan que habían adoptado concordaba bastante con ciertas apariencias del momento para que pudiese llamarse especioso, mas no lo suficiente con la realidad para que saliese bien; pero para hombres impacientes, á quienes todo parecía bueno con tal de que pudieran entrar en movimiento y llenar con esa agitación los cansados ocios del destierro, tenía aun más verosimilitud de la que se necesitaba. Arreglado, pues, el plan, se pensó en llevarlo á cabo.

Había que trasladarse á Francia. Si bien Jorge quería que le siguieran dos príncipes, ó uno por lo menos, no tenía empeño, sin embargo, en que le acompañaran inmediatamente. Reconocía que era menester prepararlo todo antes de llamarlos, para no exponerlos inútilmente á una larga permanencia en París bajo las pesquisas de una policía vigilante, y por lo tanto decidió partir el primero y pasar á París á formar la tropa de chuanes, con los cuales había de acometer á la escolta del primer cónsul. Entretanto Pichegrú debía abocarse con Moreau, primeramente por medio de tercera persona, y luego directamente trasladándose personalmente á París. Por último, cuando todo estuviese dispuesto por ambas partes, cuando estuviesen los chuanes para dar el asalto, y Moreau para decidir la adhesión del ejército, se pondrían en camino los príncipes para estar en el punto convenido la víspera ó el día mismo de estallar la conspiración.

Dispuestas así las cosas, salió Jorge de Londres para dirigirse á Francia con una partida de chuanes, con cuya resolución y fidelidad podía contar. Iban todos provistos de armas como salteadores que se dirigen á merodear en los bosques. Jorge llevaba en un cinturón un millón de francos en letras de cambio, pero no eran por supuesto los príncipes franceses, reducidos á los últimos recursos para vivir, los que podían haber suministrado las sumas que circulaban entre aquellos urdidores de asechanzas; procedían de la fuente común, esto es, del tesoro británico.

Un oficial de la marina real inglesa, el capitán Wright, marino intrépido que tripulaba una ligera nave, recibía en Deal ó en Hastings á los emigrados viajeros, y los dejaba á su elección en el punto de la costa donde querían arribar. Pero desde que el primer cónsul, advertido de las frecuentes incursiones de los chuanes, hacía custodiar con más esmero que nunca las costas de Bretaña, cambiaban aquéllos de dirección y pasaban por la Normandía. Entre Dieppe y Treport, á lo largo de una costa escarpada que lleva el nombre de Biville, había una boca misteriosa abierta en la grieta de una roca que frecuentaban sólo los contrabandistas, y un cable, fuertemente amarrado al tope de la roca, bajaba hasta aquella grieta tocando con la mar. A un grito que servía de señal, los secretos guardas del paso arrojaban el cable, al cual se asía el contrabandista, y por el cual trepaba á lo alto del precipicio que tenía doscientos ó trescientos pies de elevación, llevando un pesado fardo á la espalda.

Los afiliados de Jorge habían descubierto aquella vía, y pensaron desde luego en servirse de ella y apropiarse su uso, lo cual era muy fácil con el dinero de que se disponía. Para completar su comunicación con París habían establecido una serie de albergues, ya en caseríos aislados, ya en las quintas habitadas por los nobles normandos, realistas fieles y discretos que rara vez salían de su retiro. De este modo se podía atravesar desde la ribera de la Mancha á París sin pasar por ninguna carretera ni arrecife, y sin hacer noche en ninguna posada. Finalmente, para no comprometer aquella vía frecuentándola demasiadas veces, quedó reservada para los personajes más calificados del partido. El dinero, repartido con abundancia á algunos de los realistas, de cuyas moradas se hacía uso, y la fidelidad de otros, pero principalmente su distancia de los lugares frecuentados, hacían las indiscreciones difíciles y el secreto seguro, al menos por cierto tiempo.

Por allí penetró Jorge en Francia. Embarcado en la nave del capitán Wright abordó al pie de la roca de Biville el 21 de agosto (1803), en el momento mismo en que el primer cónsul inspeccionaba las costas. Cruzó el paso de los contrabandistas, y de albergue en albergue llegó, con algunos de sus más fieles lugartenientes, hasta Chaillot, uno de los arrabales de París. Tenía allí preparada una habitación desde donde podía ir de noche á la ciudad, verse con sus asociados, y preparar el golpe cuya ejecución le llevaba á Francia.

Era Jorge arriesgado y sensato, tenía las pasiones de su partido, sin sus ilusiones, y conocía mejor que los otros lo que realmente era practicable. Lo que los emigrados, sus cómplices, intentaban por obcecación, él lo hacía impulsado de su ánimo valeroso. Así que llegó á París reconoció que el primer cónsul no había perdido aun el aura popular según escribían á Londres; que los realistas y republicanos no estaban tan dispuestos como se había anunciado á correr nuevas aventuras, y que, lo mismo ahora que siempre, distaba mucho la realidad de las promesas. Pero no era hombre que se desalentaba, ni menos capaz de desanimar á sus asociados comunicándoles sus observaciones, por lo cual, como si éstas fueran enteramente favorables á su proyecto, puso inmediatamente manos á la obra. Era lo cierto que para dar un golpe de mano no tenía necesi-

dad ninguna del auxilio de la opinión pública, y que una vez muerto el primer cónsul, tal vez se vería precisada la Francia á volver los ojos á los Borbones, por falta de otra cosa mejor. Desde su impenetrable retiro envió emisarios á la Vendée para ver si con motivo del alistamiento quería levantarse de nuevo, y si los quintos de aquel país estaban en disposición de declarar, como en otro tiempo, que en caso de tener siempre que servir, mejor era tomar las armas contra el gobierno revolucionario que en su favor. Pero encontró la Vendée en la más completa inercia; entre todos los nombres vandeanos, sólo el suyo había conservado cierto prestigio, porque se le consideraba como un realista incorruptible que había preferido el destierro á los favores del primer cónsul; había aún simpatías para el representante de una causa que correspondía con las más íntimas y secretas afecciones de la población; pero nadie conservaba ya afición á volver á campar por los matorrales y caminos. Por otra parte, los clérigos, que eran los verdaderos guías y directores del pueblo vandeano, eran afectos al primer cónsul. No podían esperarse de aquel país más que algunas partidas insignificantes, y lo que más affigia á los conspiradores era que hubiese disminuído notablemente el número de aquellos chuanes resueltos y determinados, dispuestos á todo más bien que volver á ocupaciones laboriosas y tranquilas. No obstante, forzoso era encontrar algunos, y éstos que fueran á un mismo tiempo arrojados y discretos. Llevaba Jorge ya dos meses de estancia en París y apenas había logrado reunir treinta. No se les decía ni el objeto de la reunión, ni los nombres de sus compañeros; sólo sabían que se los destinaba á una próxima tentativa en favor de los Borbones, lo cual era de su agrado, y entretanto se les pagaba bien, lo que les agradaba más todavía. Jorge en secreto les preparaba uniformes y armas para el día de la acometida.

Desde el fondo de su retiro, y con muchas precauciones, á pesar de no ser encargo suyo la parte del proyecto que concernía á los republicanos, antojósele saber si marchaban mejor las cosas por aquel lado que por parte de los realistas. Con este objeto, hizo que un bretón de toda su confianza sondease al secretario de Moreau, llamado Fresnieres, que era bretón también, y estaba en relación con todos los partidos, aun con el mismo Mr. Fouché. El paso era muy arriesgado, porque Mr. Fouché á la sazón andaba más escudriñador y despierto que nunca, buscando ocasión de prestar algún servicio al primer cónsul. Nada dijo Fresnieres que pudiese inspirar gran confianza con respecto á Moreau: sus respuestas fueron insignificantes por lo menos, Jorge no hizo caso de ellas, y resuelto á todo, instó con urgencia á sus corresponsales de Londres para que tomasen sin pérdida de tiempo sus medidas, porque expuesto varios meses hacía dentro de París, corría inútilmente los más graves riesgos.

Mientras se ocupaba en esto Jorge, los agentes de Pichegrú tomaron medidas por su parte y lograron hablar á Moreau. Valiéronse de ciertos empleados antiguos en el ramo de sus ministros, de esos que á veces cobran intimidación con los generales, para dirigir algunas expresiones á Moreau de parte de Pichegrú; preguntáronle si se acordaba de aquel antiguo compañero de armas, y si le conservaba aún algún rencor. No era cier-

tamente Moreau quien debía estar resentido de Pichegrú, puesto que lo denunció al Directorio entregando los papeles del furgón de Klinglin. Por otra parte, el rencor que en su corazón cobijaba ahora absorbía todo el ardor de su alma para permitirle alimentar antiguos odios, de manera que sólo manifestó benevolencia, y aun simpatía, hacia las desgracias de aquel antiguo compañero. Entonces se le preguntó si quería interesarse por Pichegrú y favorecerle con su influjo para conseguir su vuelta á Francia; porque en efecto, ¿qué razón había para que la amnistía concedida á todos los vandeanos y á todos los soldados de Condé, no se hiciese extensiva al vencedor de la Holanda? Respondió Moreau que deseaba ardientemente el regreso de aquel antiguo compañero de armas, que miraba este regreso como una verdadera justicia debida á sus servicios, que contribuiría muy de grado á conseguirlo si sus relaciones actuales con el gobierno se lo permitieran; pero que, enemistado con los individuos que gobernaban, se había propuesto no volver á poner jamás los pies en las Tullerías. A esto siguieron naturalmente ciertas confianzas sobre las causas de su resentimiento, su aversión al primer cónsul, y su deseo de ver á la Francia libre del dominio de éste.

Como se había previsto la disposición de ánimo de Moreau, se había encargado que se viera con él á uno de sus antiguos oficiales, que era el general Lajolais, hombre cuya intimidación no podía menos de ser peligrosa para cualquier hombre débil que no supiera gobernarse por sí mismo. El general Lajolais era pequeño de cuerpo, y cojo, dotado de un talento para la intriga que hacía raya, lleno de necesidades, y reducido casi á la indigencia. Para granjearse se empleó á un desertor de los ejércitos republicanos, disfrazado de mercader de encajes, con cartas de Pichegrú y una buena cantidad de dinero, el cual con la mayor facilidad conquistó el corazón de Lajolais. Éste, comprometido en la conjuración, se dedicó á frecuentar el trato de Moreau, sorprendió el secreto de su rencor, y aun obtuvo la confianza de sus deseos, que no tenían nada menos que á la destrucción del gobierno consular por todos los medios posibles. Abstúvose Lajolais de hacerle proposiciones abiertamente; pero crédulo como todo hombre entremetido, juzgó que con una sola palabra más se podría decidir á Moreau á tomar en la conspiración una parte activa; y si él por su parte creyó más de lo que realmente había, escribió á sus mandatarios más de lo que creía. De este modo suelen urdir semejantes tramas esos agentes, que después de engañarse á sí propios en una mitad, engañan por entero á los que de ellos se sirven. Hizo concebir Lajolais las más lisonjeras esperanzas á los enviados de Pichegrú, é instado por ellos, consintió en pasar á Londres á informar personalmente á los grandes personajes de los cuales era instrumento.

Lajolais y su conductor se vieron precisados á pasar por Hamburgo para llegar á Londres con más seguridad, en lo cual perdieron mucho tiempo, y al desembarcar en Inglaterra encontraron que ya las autoridades británicas habían dado órdenes para que fueran inmediatamente recibidos. Pasaron vía recta á Londres, y fueron presentados á Pichegrú y á los demás autores de la trama. Grande era la impaciencia de éstos, y la lle-

gada de Lajolais los llenó de indecible júbilo. El conde de Artois cometía la imprudencia de asistir á sus conciliábulos, comprometiendo su jerarquía, su dignidad y su familia, pues aunque al principio tan sólo era conocido de los principales conspiradores, al cabo la vivacidad de sus sentimientos y de su lenguaje, excitando la atención de los demás, le hizo en breve reconocer por todos. Al oír á Lajolais contar con exageración ridícula las palabras que había oído pronunciar á Moreau, y afirmar que Pichegrú no tenía más que presentarse para cautivar al general republicano, el conde de Artois, sin poder contener su alegría, exclamó: «¡Si nuestros dos generales están acordes, pronto volveré yo á Francia!» Este dicho atrajo sobre el príncipe las miradas de los conjurados, los cuales preguntáronse entre sí y supieron que el personaje que así se expresaba era el primer príncipe de la sangre real, hijo de reyes y heredero presunto de la corona, que por el corruptor influjo del destierro entraba á la parte en actos tan poco dignos de su clase y de su alma. «Era tal la satisfacción, dice uno de los agentes que después revelaron estos pormenores, que si el rey de Inglaterra se hubiera hallado presente, hubiera querido acompañar al príncipe en su viaje (1).»

Convínose en la necesidad de pasar á Francia sin más tardanza para dar la última mano á la ejecución de la empresa; y en verdad que era tiempo de hacerlo, porque el malhadado Jorge, abandonado entre los agentes de la policía consular, corría los más serios peligros. Hacia fines de diciembre le habían enviado una segunda partida de emigrados para que no se creyese abandonado; decidióse aquella vez que el mismo Pichegrú, acompañado de los personajes más calificados, tales como Mr. de Riviere, y uno de los Polignac, se embarcasen para Francia, y lo hiciesen como Jorge por la ya trazada vía; y así que estos nuevos emisarios lo tuviesen todo dispuesto, y Mr. de Riviere, que se distinguía por su gran serenidad, asegurase que era llegado el momento, y que la proyectada empresa había madurado lo bastante (2) para que pudieran arriesgarse los mismos príncipes, cualquiera de ellos, el conde de Artois, el duque de Berry, ó bien los dos juntos, pasarían á Francia para tomar parte en la pretendida lucha contra la persona del primer cónsul.

Partió, pues, Pichegrú con los principales emigrados franceses para aquella expedición, en que iba á sepultar para siempre una gloria ya mancillada y una vida digna de mejor empleo. Se puso en camino en los primeros días del año 1804; se embarcó en la nave del capitán Wright, y arribó á la roca de Biville el 19 de enero; el vencedor de Holanda, acompañado de los más ilustres miembros de la nobleza de Francia, tomó la senda de los contrabandistas, halló á Jorge que había salido á su encuentro hasta cerca del mar, y de un albergue en otro atravesó los bosques de Normandía, y llegó á Chaillot el 20 de enero.

(1) Estas palabras, como toda la relación de este deplorable asunto, son extracto fiel y escrupuloso de la voluminosa instrucción que después tuvo lugar, y de la cual parte fué publicada, y otra parte permaneció ignorada en los archivos del gobierno. Sólo hemos admitido como dignos de fe los pormenores que todas las declaraciones de consuno han dejado limpios de duda, y que llevan el carácter evidente de la verdad. (N. del A.)

(2) Véase más adelante la declaración de Mr. de Riviere.

No había podido juntar Jorge toda su gente, pero con su natural audacia y con la partida que tenía ya reunida, estaba pronto á asaltar el carruaje del primer cónsul y darle el golpe certero: faltaba, no obstante, concertarse de una manera definitiva con Moreau para asegurar el triunfo. Los que servían de medianeros pasaron de nuevo á verle, y le dijeron que Pichegrú había llegado disfrazado y le pedía una entrevista. Accedió Moreau, y no queriendo recibir á Pichegrú en su habitación, le citó para la noche en el baluarte de la Magdalena. Acudió el proscrito á la hora indicada, y aunque hubiera querido encontrarse solo, porque era de suyo frío y prudente y no gustaba de la compañía de las gentes vulgares y turbulentas, que impacientes le asediaban, y cuyo trato forzoso era el primer castigo de su conducta, le acompañaron muchas personas á la cita, y entre ellas el mismo Jorge, que quería verlo todo por sus propios ojos; sin duda para saber sobre qué fundamentos iba á arriesgar su vida en una tentativa desesperada.

En una noche oscura y fría del mes de enero, á una señal convenida, reuniéronse Moreau y Pichegrú; volvían á verse por la primera vez desde la época en que habían combatido juntos en el Rhin, y en que su vida corría sin culpa como brillaba su gloria sin mancilla. No bien tuvieron tiempo para volver de la emoción que produjeron en ellos tan caros recuerdos, cuando se adelantó Jorge y se dió á conocer por su nombre. Quedó Moreau sorprendido, mudó inmediatamente de lenguaje, dió muestras visibles de descontento, y pareció resentirse con Pichegrú por tan inesperado encuentro. Separáronse sin haberse dicho nada significativo, nada útil, y fué preciso verse en otra parte y de otro modo.

Aquella primera entrevista causó á Jorge la más desagradable impresión. «La cosa va mal,» fueron sus primeras palabras. El mismo Pichegrú por su parte temía haberse arriesgado algo; no obstante, los intrigantes que hacían de medianeros volvieron á ver á Moreau, y hablándole ya claramente, le dijeron que se trataba de conspirar para derribar el gobierno del primer cónsul. No hizo Moreau objeción alguna contra la caída del gobierno por los medios que eran de presumir, sin necesidad de manifestarlos; pero mostró una repugnancia invencible en servir á los Borbones, y sobre todo en entrar personalmente á la parte en semejante empresa. Su ambición evidente era sacar partido de la caída del primer cónsul para sí, y para la república; pero este negocio sólo se podía tratar entre él y Pichegrú. Manifestó á éste lo mismo la segunda vez en su propia morada, y después de varios accidentes que pusieron la trama á punto de ser descubierta, tuvo finalmente con su antiguo compañero de armas una larga y seria entrevista. Nada se ocultó en ella. Moreau se obstinó en no salir de cierto círculo de ideas; decía que contaba con un partido considerable en el senado y en el ejército, y que si se lograba libertar á la Francia de los tres cónsules, el poder caería ciertamente en sus manos; usaría de él para salvar la vida á los que hubieran libertado á la república de su tirano, pero no entregaría jamás á los Borbones la república emancipada. A Pichegrú, al antiguo conquistador de Holanda, á uno de los generales más ilustres de Francia, no se contentaría con salvarle la vida, sino que le repondría en todos sus honores y

grados, y le ascendería á los primeros puestos del Estado. Obstinado Moreau en estas ideas, manifestó á Pichegrú el asombro que le causaba verle tratar con gente como la realista. No tenía éste necesidad de oír el lenguaje de Moreau para que le fuese repugnante el trato de los chuanes con quien vivía; pero el mismo Moreau era una prueba de que todo el que se mete á conspirar, se convierte en breve, sin gran dificultad, en presa de la gente más despreciable. Pichegrú tenía demasiado seso para participar de las ilusiones de Moreau, y procuró convencerle de que muerto el primer cónsul, era inevitable la vuelta de los Borbones; pero esta consideración era superior al alcance de Moreau, hombre adocenado fuera del campo de batalla. Se había obstinado en creer que dejando de existir el general Bonaparte sería él proclamado primer cónsul de la república. No hablaron en términos positivos de la muerte del primer cónsul; pero era cosa sobrentendida, como único medio de dejar la escena política expedita. Fuera de esto, sin pretender disculpar tan criminales negociaciones, es preciso reconocer, para apreciarlas en su justo valor, que era tanta la gente que los hombres de aquella época habían visto perecer en el cadalso y en los campos de batalla, y tantas las órdenes inexorables y terribles que habían dado ó sufrido, que la muerte de un individuo más no tenía á sus ojos la misma significación de horror que felizmente ha recibido después entre nosotros, terminadas las guerras civiles y por el blando influjo de la paz.

Se retiró Pichegrú desesperado y abatido, y dijo al confidente que le había acompañado á casa de Moreau, que volvía á conducirlo á su escondrijo: — También ese tiene ambición y quiere á su vez gobernar en Francia; ¡pobre hombre!; no sabría hacerlo ni veinticuatro horas. — Jorge, sabedor de todo cuanto ocurría, exclamó con la acostumbrada energía de su lenguaje: — Para no salir de usurpador, más quiero al que está gobernando que á ese Moreau, que no tiene ni corazón ni cabeza. — Así era como trataban, viéndole de cerca, al hombre á quien sus lisonjeros escritores presentaban como modelo de las virtudes públicas y guerreras.

Así que cundió la noticia de la disposición de ánimo de Moreau, aquellos malhadados y criminales emigrados se entregaron á la mayor desesperación; tuvieron, sin embargo, con él otra entrevista en Chaillot en casa del mismo Jorge, sin saber él probablemente en casa de qué personaje se hallaba. Jorge, que presenció el principio de la conversación, se retiró diciendo bruscamente á Pichegrú y á Moreau: — Me retiro; puede que quedando solos acaben ustedes por entenderse.

Pero no se entendieron mejor por eso los dos generales republicanos, y por fin vinieron á reconocer como evidente todos los conjurados que se habían comprometido locamente en un proyecto que tenía que parar en una catástrofe. Mr. de Riviere estaba lleno de pesadumbre; él y sus amigos no hacían más que repetir lo que es costumbre decir cuando ve uno que los demás participan de sus propias pasiones: — La Francia es apática, no quiere más que descanso, es infiel á sus antiguos sentimientos. — La Francia, en efecto, no estaba, como se les había asegurado, disgustada del gobierno consular; no estaban dispuestos todos los partidos á concertarse para derribarlo. Sólo algunos envidio-

so, sin genio, trataban de destruirlo, pero ni aun éstos querían comprometerse en asechanzas caracterizadas. Por lo que hace á la Francia, aunque echase de menos la paz tan prontamente turbada, aunque mostrase cierta desconfianza por la afición al poder y á la guerra que en el general Bonaparte se notaba, no cesaba un punto de mirarle como á su libertador. Estaba prendada de su genio, y no quería á precio ninguno verse de nuevo expuesta á los azares de una revolución. Ya trataban aquellos malhadados conspiradores de retirarse unos á Bretaña y otros á Inglaterra, desengañados en vista de los hechos; los de mayor categoría entre ellos, experimentaban la mayor repugnancia en vivir en medio de aquella gente á cuyo trato se veían reducidos. Mr. de Riviere y Pichegrú, que eran los más notables, se confiaban mutuamente sus antipatías y sus pesadumbres. En cierta ocasión, queriendo Pichegrú mantener su dignidad y tener á raya á aquellos facciosos, ya demasiado importunos, respondió con amargura y desprecio á uno de ellos que le decía: *General, está usted con nosotros!* — *No, estoy entre ustedes;* con lo cual quería significar que si bien su vida estaba entre sus manos, su voluntad y su razón estaban ya muy lejos de ellos.

Todos andaban sumidos en la más cruel incertidumbre: Jorge, sin embargo, estaba siempre dispuesto á asaltar al primer cónsul, con tal de que después no se comprometiera el resultado; los demás se preguntaban unos á otros á qué conducía un atentado de aquella especie. En este estado se hallaban sus tramas, conducidas sin interrupción por espacio de diez meses, cuando la policía adquirió de ellas cierto indicio, por un medio poco honroso en verdad para su vigilancia, por lo tardío. Se salvó el primer cónsul por su serenidad, y esta misma perdió á los imprudentes enemigos que trazaban su muerte. Tal es por lo común el castigo de los que se comprometen en semejantes empresas; conviniendo en ellas con demasiada tardanza, pues se ven descubiertos, cogidos y castigados, cuando ya la conciencia, la razón y el temor empiezan á abrirles los ojos, y los disponen á retroceder en la senda del mal.

Aquellas idas y venidas continuas desde agosto hasta enero, estando especialmente tan cerca un hombre como el antiguo ministro Fouché, que tenía gran deseo de hacer algún descubrimiento de importancia, no podían menos de saberse algún día. Dijimos, bastante más arriba, que Mr. Fouché había sido despojado de la cartera de policía en la época en que el primer cónsul había querido inaugurar el consulado perpetuo con la supresión de un ministerio de rigor y de pesquisas. Desde entonces la policía quedó oculta como vergonzante en el ministerio de la Justicia. El gran juez Regnier, hombre de todo punto extraño á una administración de aquella naturaleza, la dejó abandonada al consejero de Estado Real, hombre de ingenio, pero ligero y crédulo, que no tenía ni con mucho la sagacidad, el tino y la perspicacia de Mr. Fouché. La policía por lo tanto andaba mal dirigida, y se aseguraba al primer cónsul que nunca se había conspirado menos. Éste distaba mucho de abandonarse á semejante seguridad; por otra parte, no le dejaba Mr. Fouché creer en ella, pues promovido á senador, y por lo tanto cansado de su vida ociosa, habiendo conservado sus relaciones con sus antiguos agentes, se hallaba muy bien informado

de cuanto ocurría, y solía comunicar al primer cónsul sus observaciones. Éste, oyendo cuanto le decían Fouché y Real, y leyendo con asiduidad los informes y partes de la gendarmería, siempre los más útiles porque son los más exactos y desinteresados, había llegado á convencerse de que se urdían asechanzas contra su persona. En primer lugar, una inducción general sacada de las circunstancias actuales, le persuadía que la renovación de la guerra debía ofrecer á los emigrados y á los republicanos ocasión para poner en juego alguna tentativa; además, varios indicios, como las prisiones de algunos chuanes verificadas en todas partes, y avisos procedentes de los caudillos vandeanos adictos á su persona, le probaban que aquella inducción era exacta. Con aviso de la misma Vendée, en que se le anunciaba que varios reclutas prófugos se reunían en partidas, envió á los departamentos del Oeste al coronel Savary, cuya lealtad no tenía límites y cuya inteligencia y valor eran igualmente experimentados, y le dió unos cuantos gendarmes escogidos para seguir el movimiento, y dirigir diversas columnas volantes encaminadas hacia la Vendée. Partió el coronel Savary, se enteró de todo por sus propios ojos, y echó de ver claramente todas las señales de una acción sorda y misteriosa. Era la influencia de Jorge que procuraba desde París disponer una insurrección en aquella comarca. Sin embargo, nada se pudo traslucir del terrible secreto que aquel forajido tenía reservado para sus principales asociados solamente. Dispersas las partidas, volvió el coronel Savary á París sin haber descubierto cosa de grande importancia.

Otra intriga, cuyo hilo vino á caer en manos del primer cónsul proporcionando á éste el placer de ir observando su curso por sí mismo, prometía dar mucha luz en lo sucesivo. Los tres ministros ingleses en Hesse, en Wurtemberg y en la Baviera, que tenían también encargo de urdir amaños en Francia, se dedicaban á hacerlo con mucho celo, pero con muy poca destreza. Todo hombre extraño á un país muestra por lo general poco tino al urdir en él tramas semejantes. El más activo de todos era Mr. Drake, el que residía en Baviera; éste, hasta llegó á habitar fuera de Munich, para recibir más fácilmente á los agentes que se le enviasen de Francia, y para asegurar más su correspondencia, sedujo á un director de correos bávaro. Un francés muy intrigante, republicano en otro tiempo, con quien Mr. Drake había emprendido su trama, y á quien confiaba francamente el objeto de las intrigas británicas, lo declaró todo á la policía. Quería Mr. Drake primeramente descubrir el secreto del primer cónsul relativo á la invasión, ganar después á algún general de importancia, apoderarse si era posible de alguna plaza como Strasburgo ó Besanzón, y promover una insurrección en ella. El deshacerse del general Bonaparte era de todos modos, con términos más ó menos explícitos, la parte esencial del proyecto. El primer cónsul, celebrando infinitamente aquella ocasión de sorprender á un diplomático inglés en flagrante delito, mandó facilitar grandes sumas á aquella tercera persona que traía engañado á Mr. Drake, con la condición de que continuase prestándose á aquella intriga, y el mismo dió el modelo para las cartas que debían escribirse al inglés. Daba en estas cartas numerosos y exactos pormenores acerca